

TIPACOQUE, por *Eduardo Caballero Calderón*.—Ediciones Club del Libro. Buenos Aires.

Eduardo Caballero Calderón, joven escritor colombiano, ha publicado en las ediciones del Club del Libro de Buenos Aires, uno de esos libros que tienen su raíz en un típico rincón de América. Afloran en estas páginas, embellecidas por el recuerdo, los pasajes más significativos de la infancia del autor en tierras montañosas. Es un libro empapado en aromas agrestes, en el cual se siente el zumbido de los vientos cordilleranos y el rumor de las aguas serranas. Y está escrito con ese amor de las cosas evocadas a través de un corazón sensible, en el cual no murieron las imágenes del pasado, sino que por el contrario cobraron en la memoria el vivo relieve de lo que se conoció muy de cerca y dejó una huella amorosa en el espíritu.

El autor nacido en Bogotá en 1910, ha vivido una buena parte de su existencia en el extranjero, desempeñando un cargo diplomático y después haciendo labor periodística. Pero la visión de otras gentes y de otros panoramas no desvalorizó el recuerdo del rincón nativo. Por el contrario, se purificó como el agua que pasa lentamente a través de la piedra, hasta llegar un día a concretar sus impresiones de niño en este libro fresco trascendido de ese encanto aldeano, áspero y rudo a ratos y luego tierno como las palabras arrulladoras de la vieja sirvienta que lo entretuvo en la niñez con una canción o una leyenda narrada en ese sabroso y pintoresco lenguaje de los campesinos.

En un estilo vigoroso y bien tramado, que exorna con frecuencia la gracia clara y luminosa de una imagen, Eduardo Caballero, nos pone en contacto con las tierras de su infancia. En apretada y expresiva síntesis nos da la visión del paisaje. La majestad imponente y aterradora de los inviernos con sus trombas de agua que bajaban bramando desde las cumbres

para despedazar los caminos convirtiéndolos en lodazales intransitables. La soledad angustiosa del páramo o la cálida embriaguez del verano cuando la tierra exhala sus perfumes.

Y luego los tipos desfilan hablándonos en su lenguaje característico, con sus sabrosos y expresivos giros y dichos lugareños. El alma autóctona de cada rincón de América que nos muestra en distintas formas lo que tiene de más típico y sugerente en sus rasgos humanos. Vemos, de este modo, como se manifiesta el espíritu de la raza en sus esencias más significativas. Aquellos montañeses de Tipacoque emplean en su lenguaje muchas palabras cuyo significado no conocemos, pero en el fondo de sus almas encontramos las mismas características étnicas, en su manera de entender la vida, con la de los demás pueblos de América. Sus usos, costumbres y supersticiones casi no difieren en el aspecto espiritual: sufridos, resignados a su suerte, fatalistas o soberbios dentro de su pobre condición, encontramos en esos campesinos de Tipacoque muchos rasgos que pueden ser comunes con las de un serrano nuestro de las tierras de Colchagua o de Coquimbo. Sus hábitos, en razón del clima, pueden ser distintos, pero en todo América se identifica el espíritu de la raza indoespañola.

Leemos en el libro de Eduardo Caballero episodios que bien pudieran ocurrir en estos campos de Chile. El niño que se muere y al cual le hacen una fiesta en la cual se bebe y se baila. La historia del aparecido que va a visitar a su mujer en el momento que está agonizando. Las imágenes de Santos y de la mama-señora, del correísta y de esos arrieros en cuyo lenguaje repunta la misma manera de decir de nuestros serranos, con su gracia pícaro y novedosa de los hombres acostumbrados a hacer sus comparaciones, valiéndose de imágenes que están siempre en relación con la naturaleza.

Hay en este libro de Eduardo Caballero un fino encanto de poema hecho con agrestes esencias. Es un poeta enamorado de la naturaleza y de los hombres de su tierra. Y es también un

espíritu alegre y jovial que sabe contar livianamente escenas muy graciosas, como la de ese mico que hace rabiar al sabio que colecciona mariposas tropicales y a esa pintora en cuyas telas se ven las palmeras que atraen al mono. Es una deliciosa historia contada con sabroso y comunicativo regocijo.

Tipacoque. Por obra y gracia del talento de su autor estamos viendo ese típico rincón de la tierra colombiana.—LUIS DURAND.



POESÍA EN LA BRUMA, por *Carlos René Correa*.—Editorial Orbe; Santiago

Más fluidez en la forma y más solidez en el fondo encontramos en estos nuevos versos de Carlos René Correa:

«Dulce nombre. La bruma en mi camino
es un velo tendido por la ausencia.
En mi río la tarde va de prisa
apagando el incendio de tu huella».

(Tránsito, pág. 5).

Tono de poeta mayor. Ya no es el agua inocente que en los anteriores libros de poesía del autor, corre, y de pasada nos halaga un instante los oídos con su música de cristal; ni la nubecita que alardea una metáfora sobre cielos fugaces; ni la flor que simula un romántico desmayo modernista entre los claros de un romance cualquiera. No. Son versos más teñidamente subjetivos, más egocéntricos, diremos, que buscan en el «yo» los firmes fundamentos de la cabal expresión:

«Ha velado la sombra mis ventanas
y una mano de hielo me aprisiona;
¡yo recuerdo la noche de tus ojos,
mientras la lluvia llora y se deshoja!».

(Lluvia, pág. 12).